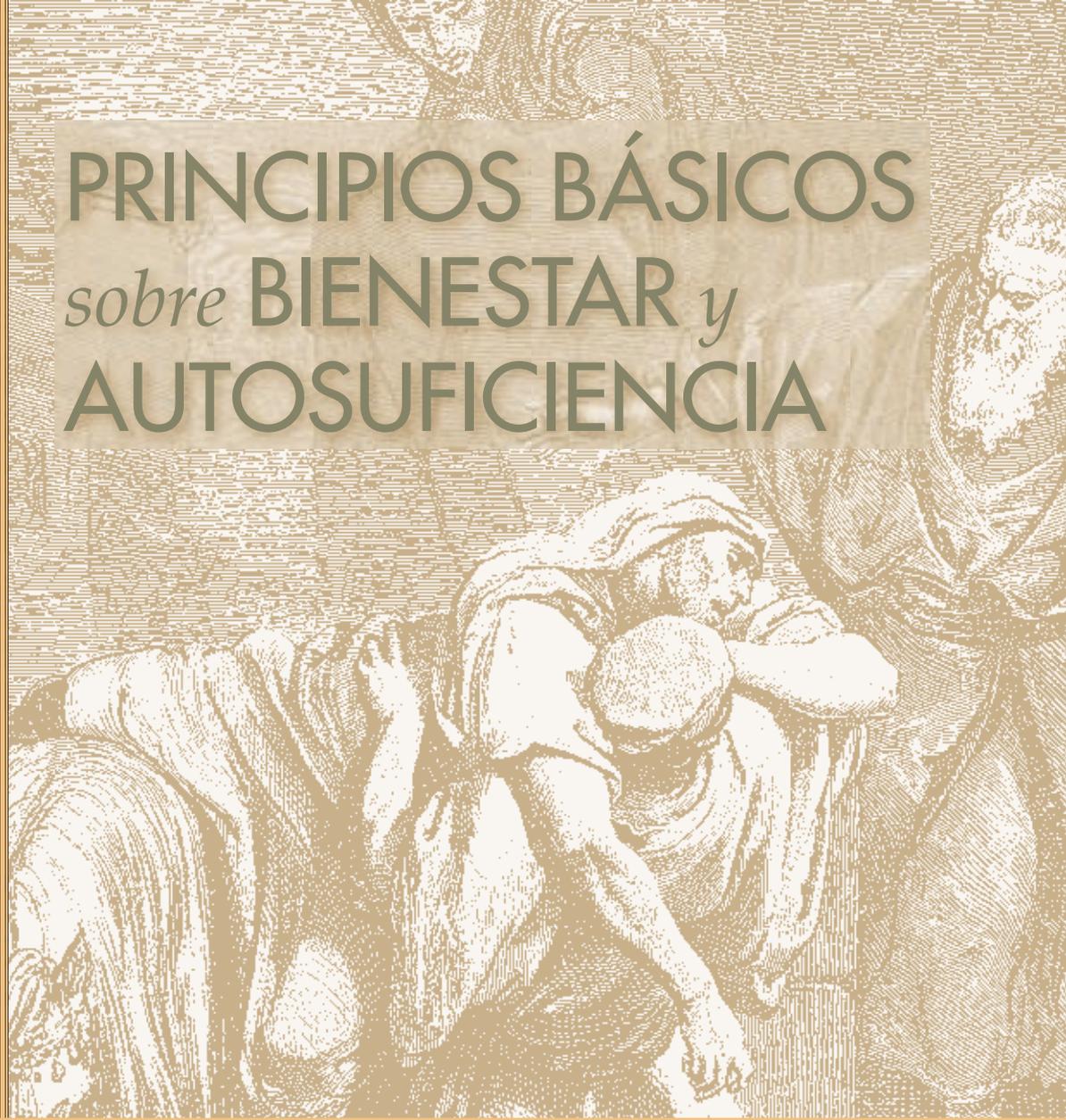


PRINCIPIOS BÁSICOS

sobre BIENESTAR *y*
AUTOSUFICIENCIA



LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS



Ilustración de cubierta: *La llegada del buen samaritano al mesón*, por Gustave Doré.

Publicado por
La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días
Salt Lake City, Utah

© 2009 por Intellectual Reserve, Inc.
Todos los derechos reservados
Impreso en los Estados Unidos de América

Aprobación del inglés: 12/08.
Aprobación de la traducción: 12/08.
Traducción de *Basic Principles of Welfare and Self-Reliance*
Spanish
08288 002

ÉLDER ROBERT D. HALES

del Quórum de los Doce

Una perspectiva del Evangelio sobre Bienestar: La fe en acción



Hermanos y hermanas, agradezco esta oportunidad de hablar con ustedes acerca de una perspectiva del Evangelio sobre los principios de Bienestar del sacerdocio en la Iglesia restaurada de Jesucristo.

Las nubes económicas que por mucho

tiempo han amenazado al mundo ahora nos cubren por completo. Hoy, más que nunca, el impacto de esta tormenta económica en los hijos de nuestro Padre Celestial requiere una perspectiva del Evangelio sobre Bienestar. Los principios de bienestar que se basan en el sacerdocio son temporales y también espirituales; son también eternos y se aplican a toda circunstancia. Seamos ricos o pobres, son para nosotros.

Siempre que practicamos los principios de bienestar, vivimos la “religión pura” definida en las Escrituras (Santiago 1:27. El Salvador enseñó: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mateo 25:30). Él también enseñó no sólo buscar y “visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, sino “guardar[nos] sin mancha del mundo” (Santiago 1:27). En otras palabras, no sólo *hacemos* lo bueno sino nos esforzamos por *ser* buenos.

Ésta entonces es la perspectiva del Evangelio sobre Bienestar: poner en acción nuestra fe en Jesucristo; servir a los demás según lo indique el Espíritu. A medida que vivimos los principios de bienestar del Evangelio, aplicamos las enseñanzas del Salvador aquí en la vida terrenal.

¿Cuáles son, entonces, los principios de bienestar? ¿De qué manera los utilizamos como fundamentos temporales o espirituales de la vida diaria?

LA VIDA PROVIDENTE Y LA AUTOSUFICIENCIA

El primer fundamento se puede describir como la vida providente, que significa vivir con regocijo dentro de lo que nuestros ingresos permitan, preparándonos para las vicisitudes de la vida para estar listos para las emergencias.

La vida providente significa no codiciar las cosas de este mundo y utilizar los recursos de la tierra en forma prudente sin derrochar aún en las épocas de abundancia. Significa evitar las deudas excesivas y estar satisfechos con lo que tengamos.

En esta época muchos creen que deben poseer todo lo que los demás poseen, ahora mismo. Incapaces de demorar el placer, se endeudan para comprar lo que no está a su alcance. Los resultados siempre afectan tanto el bienestar temporal como espiritual.

Cuando nos endeudamos regalamos parte de nuestro inestimable albedrío y nos colocamos en una servidumbre voluntaria. Obligamos nuestro tiempo, energía y medios para pagar lo que nos han prestado, recursos que podríamos haber utilizado para ayudarnos a nosotros mismos, a nuestra familia y a los demás.

Conforme las deudas van minando nuestra libertad, la creciente desesperanza nos debilita físicamente, nos deprime mentalmente y nos agobia espiritualmente. Afecta el concepto que tenemos de nosotros mismos, así como nuestra relación con el cónyuge y los hijos, con los amigos y vecinos y en última instancia con el Señor.

Pagar nuestras deudas ahora y evitar deudas futuras requiere que ejerzamos la fe en el Salvador; no sólo para *hacer* las cosas mejor, sino para *ser* mejores.

Se requiere gran fe para decir: “No está a nuestro alcance” y para confiar en que la vida será mejor al sacrificar los deseos para cubrir las necesidades.

Testifico que es feliz el que vive de acuerdo con sus ingresos y que ahorra para el futuro. Al vivir vidas providentes y aumentar nuestros dones y talentos, logramos mayor autosuficiencia, que es asumir la responsabilidad de nuestro propio bienestar espiritual y temporal y la de aquellos que el Padre Celestial ha confiado a nuestro cuidado. Sólo cuando somos autosuficientes podemos en verdad emular al Salvador al servir y bendecir a los demás.

Es importante comprender que la autosuficiencia es un medio para lograr un fin. La meta final es llegar a ser como el Salvador, y el servicio desinteresado a los demás realza dicha meta ya que nuestra capacidad para servir aumenta o disminuye según el nivel de nuestra autosuficiencia.

Como dijo el presidente Marion G. Romney: “Los alimentos para los hambrientos no pueden provenir de estantes vacíos; el dinero para asistir a los necesitados no puede salir de bolsillos vacíos; el apoyo y la comprensión no pueden surgir del que carece de compasión; la enseñanza no puede ser impartida por el analfabeto, y lo más importante, la guía espiritual no puede proceder del que es débil en ese aspecto” (“La naturaleza divina de la autosuficiencia”, *Liahona*, enero de 1983, págs. 176–177).

EL PAGO DE LOS DIEZMOS Y LAS OFRENDAS

¿Cómo conseguimos la ayuda del Padre Celestial para tener lo suficiente para nuestras propias necesidades y además para servir a los demás? Uno de los principios básicos de bienestar es el pago de los diezmos y ofrendas.

El propósito principal del diezmo es desarrollar la fe. Al guardar el mandamiento de pagar “la décima parte de todo [nuestro interés] anualmente” (D. y C. 119:4), llegamos a ser mejores, nuestra fe crece y nos sostiene en las pruebas, tribulaciones y pesares de la vida.

Con el pago del diezmo, también aprendemos a controlar nuestros deseos y apetitos por las cosas de este mundo, a ser honrados en los tratos con nuestros semejantes y a hacer sacrificios por otras personas.

Al crecer la fe, crecerá también el deseo de guardar el mandamiento de pagar la ofrenda de ayuno, que es por lo menos el costo de dos comidas que no comemos mientras ayunamos. La ofrenda de ayuno nos permite “dar en forma anónima” sin esperar reconocimiento ni beneficio terrenal, y bendecir a nuestros hermanos que tienen necesidades temporales y espirituales. El dar en forma voluntaria nos permite seguir el modelo del Salvador, quien libremente ofreció Su vida por toda la humanidad. Él dijo: “Y recordad en todas las cosas a los pobres y a los necesitados, a los enfermos y a los afligidos, porque el que no hace estas cosas no es mi discípulo” (D. y C. 52:40).

Como verdaderos discípulos de Cristo, damos también como lo hizo el buen samaritano quien rescató a su hermano desconocido al lado del camino (véase Lucas 10:25–37). José Smith dijo: “El hombre que está lleno del amor de Dios no se conforma con bendecir solamente a su familia sino que va por todo el mundo, anheloso de bendecir a toda la raza humana” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, pág. 453).

LA PREPARACIÓN PARA EL FUTURO

Como lo aconsejan los profetas de los últimos días, algunos de los más importantes fundamentos de bienestar tienen que ver con la preparación para el futuro.

Hacer presupuestos

Prepararse para el futuro significa crear un presupuesto y un plan de ahorro de los ingresos. El hacer y llevar con esmero el presupuesto personal o familiar puede ayudarnos a reconocer y controlar la diferencia entre los deseos y las necesidades. El repasar ese presupuesto en el consejo familiar permitirá que los hijos aprendan y practiquen hábitos prudentes al gastar y que participen en la planificación y el ahorro para el futuro.

La educación académica

Prepararse para el futuro también significa obtener instrucción académica o formación profesional y hallar un empleo remunerado. Si al momento tienen trabajo, hagan todo lo que puedan por ser un elemento valioso y esencial de la organización para la

que trabajan. Trabajen mucho y sean un “obrero digno de su salario” (Lucas 10:7; véase también D. y C. 31:5; 70:12; 84:79; 106:3).

A medida que las empresas sigan recortando personal o cerrando, aún los empleados ideales pueden encontrarse en la necesidad de encontrar un nuevo empleo. Esta es una oportunidad para confiar en el Señor, para progresar y fortalecerse; si están buscando un nuevo empleo, aumenten su fe en el deseo y poder del Señor de bendecirlos. Además, busquen el consejo de aquellos en quienes ustedes confían, y no teman valerse de una red de contactos y pedir ayuda. Si es necesario, cambien su estilo de vida y, si es posible, su lugar de residencia para vivir dentro de lo que sus ingresos permitan. Pese a su edad, busquen capacitación adicional y aprendan nuevas aptitudes; mantengan su salud y permanezcan cerca del cónyuge y los hijos, y sobre todo sean agradecidos. Expresen su gratitud en oración por todo lo que se les ha dado. El Padre Celestial los ama y Su Hijo ha prometido: “...todas estas cosas te servirán de experiencia, y serán para tu bien” (D. y C. 122:7).

La preparación espiritual

Hermanos y hermanas, ahora es el momento de establecer los fundamentos de bienestar en nuestra vida y enseñar a nuestros hermanos a hacer lo mismo. Las Escrituras nos enseñan: “Si estáis preparados, no temeréis” (D. y C. 38:30). Al guardar los mandamientos y vivir los principios de bienestar, podemos tener siempre la compañía del Espíritu del Señor para sostenernos en las tormentas de estos últimos días y hablar paz a nuestras almas.

Así como guardamos recursos temporales para las eventualidades, el guardar los mandamientos, orar, leer las Escrituras y confiar en el Espíritu Santo nos prepara para las pruebas inesperadas de la vida. Mediante la obediencia vamos acumulando la fe necesaria para hacer frente a las vicisitudes y retos de la vida. Al mantenernos sin mancha del mundo, siendo “buenos” de esta manera, podremos hacer el bien a nuestros hermanos y hermanas por todo el mundo, tanto temporal como espiritualmente.

En conclusión, me gustaría compartir tan sólo un ejemplo de cómo hacemos esto en Ayuda Humanitaria.

Todos los años, miembros de la Iglesia ayudan en la perforación de pozos en lugares sin otra fuente de agua potable. Piensen en los beneficios de uno solo de estos pozos, excavado en una aldea remota. Algunos dirían que se trata de una bendición exclusivamente temporal, ¿cuáles son las bendiciones espirituales para una madre que antes tenía que andar durante horas para obtener agua y llevarla de vuelta a sus hijos? Antes de que se cavara el pozo, ¿de cuánto tiempo disponía ella para enseñar el Evangelio a sus hijos, para orar con ellos y para nutrirlos en el amor del Señor? ¿Cuánto tiempo tenía ella para estudiar las Escrituras, para meditar sobre ellas y recibir fortaleza para sobrellevar las tribulaciones de su vida? Poniendo su fe en acción, los miembros de la Iglesia ayudaron a saciar la sed temporal de esta familia y también proporcionaron un medio para que esas personas beban libremente del agua de vida y nunca vuelvan a tener sed. Al ser fieles y vivir los principios de bienestar, pudieron ayudar a cavar “una fuente de agua que salte para vida eterna” (John 4:14).

Testifico que el vivir los principios de bienestar es la medida de nuestro amor cristiano. Es nuestra oportunidad sagrada de poner en práctica el Evangelio restaurado de Cristo en la tierra, de poner nuestra fe en acción y recibir la plenitud de Su gozo en esta vida y en el mundo venidero.

Comparto mi testimonio especial de que el Salvador vive y que dio Su vida por nuestro bienestar eterno. En el nombre de Jesucristo. Amén.

JULIE B. BECK

Presidenta General de la Sociedad de Socorro

La responsabilidad de la presidenta de la Sociedad de Socorro en cuanto a Bienestar



EL PROPÓSITO DE LA SOCIEDAD DE SOCORRO

Mis queridos hermanos y hermanas, es un privilegio hablarles sobre la responsabilidad de la presidenta de la Sociedad de Socorro de barrio en cuanto a Bienestar. Detrás de mí están los retratos

de las mujeres que han servido como presidentas generales de la Sociedad de Socorro. Al estudiar sus historias recuerdo que esta organización ha llevado a cabo su obra en épocas de crecimiento y prosperidad pero también durante épocas de guerra, hambruna, epidemias y depresión. Las lecciones que aprendemos del pasado nos ayudan en nuestros días al pasar por desastres naturales, guerras, agitación política, pruebas personales y problemas económicos. La Sociedad de Socorro tiene la intención de proporcionar *alivio*, o sea, “aligerar, hacer menos pesado, quitar a alguien parte del peso”¹. Siempre se nos ha encomendado ayudar a las mujeres y a sus familias en sus responsabilidades vitalicias a engrandecer la fe y la rectitud personal, fortalecer a la familia y el hogar y servir al Señor y a Sus hijos. Hoy nos concentraremos en la porción de nuestra obra que concierne el bienestar, y hablaremos de trabajar bajo la dirección del obispo

para organizar, enseñar e inspirar a las hermanas en cuanto a velar por el pobre y el necesitado, y ayudarles a ser autosuficientes.

VELAR POR EL POBRE Y EL NECESITADO

La Sociedad de Socorro, que tiene la responsabilidad de “velar por el bienestar espiritual y la salvación... de todas las mujeres miembros de la Iglesia”², se organizó para proveer “alivi[o] al pobre, al destituido, a la viuda y al huérfano, y realizar todo acto de benevolencia”³. Esto incluye: “ayudar al necesitado, atender al enfermo, disipar las dudas, liberar de la ignorancia, aliviar todo lo que obstaculice la alegría y el progreso de la mujer”⁴.

He escuchado al presidente Monson hablar con mucho aprecio sobre las presidentas de la Sociedad de Socorro que sirvieron con él cuando era un obispo joven. Él y las presidentas de la Sociedad de Socorro siguieron el mismo modelo que tenemos hoy. Bajo la dirección de él, la presidenta de la Sociedad de Socorro iba al hogar de los miembros para averiguar si había o no suficiente alimento, mobiliario, habilidades, fortaleza emocional u otras necesidades. Con la ayuda de la oración y de los dones espirituales que tenían, las presidentas de la Sociedad de Socorro pedían inspiración para hacer una evaluación adecuada de las necesidades en aquellos hogares y él, utilizando la evaluación de ellas, creaba un plan de autosuficiencia para sus miembros.

LA AUTOSUFICIENCIA Y LA VIDA PROVIDENTE

Además de la responsabilidad de ayudar al obispo a velar por los necesitados, la Sociedad de Socorro organiza a las hermanas de la Sociedad de Socorro y les enseña e inspira a ser autosuficientes. Para entender sus responsabilidades, las líderes podrían hacer algunas preguntas importantes:

1. ¿Qué es la autosuficiencia?
2. ¿Qué responsabilidades personales tiene cada hermana tocante a la autosuficiencia?
3. ¿Cuán autosuficientes son las hermanas de mi barrio?
4. ¿Qué habilidades de autosuficiencia deben adquirir las hermanas de mi barrio?

5. ¿De qué forma nos ayudaremos mutuamente a ser más autosuficientes?

“La autosuficiencia significa utilizar todas las bendiciones del Padre Celestial para velar por nosotros mismos y por nuestra familia, y para hallar soluciones a nuestros problemas”⁵. Todos tenemos la responsabilidad de tratar de evitar problemas antes de que sucedan y de aprender a superar los retos cuando ocurran.



Mujer con almacenamiento de comestibles, por Judith A. Mehr

Este cuadro en mi oficina muestra a una mujer en un cuarto de almacenamiento. Lo que aprendemos de este cuadro no es tanto una lección sobre los cuartos de almacenamiento ni cómo preparar conservas. Miren a la mujer; como está sola no sabemos si es casada o soltera; lleva un delantal, lo que implica que ha estado trabajando. El trabajo

es un principio fundamental de la autosuficiencia. Podemos suponer que los productos alrededor de ella son el resultado de su propio empeño. Ha hecho algunos preparativos personales: miren su rostro, se ve un poco cansada pero muy tranquila; sus ojos muestran la satisfacción que hay en su corazón y tiene la mirada de una mujer autosuficiente.

¿Cómo llegamos a ser autosuficientes? Lo logramos al obtener suficiente conocimiento, educación y alfabetismo; al administrar el dinero y los recursos en forma prudente, al ser fuertes espiritualmente, al prepararnos para las emergencias y las eventualidades y al tener salud física, bienestar social y emocional.

Entonces, ¿qué habilidades necesitamos para ser autosuficientes? Para mi abuela era importante saber matar y desplumar una gallina; pero yo todavía no he tenido la necesidad de hacerlo; sin embargo, aún en los comienzos de la Iglesia, Brigham Young suplicó a las hermanas que aprendieran a prevenir las enfermedades en la familia, a establecer industrias domésticas, aprender contabilidad y otras habilidades prácticas⁶.

Esos principios también se aplican a nuestros días. La educación sigue siendo de vital importancia; cada uno somos un maestro y un alumno y el alfabetismo y las habilidades técnicas y de razonamiento son un requisito diario. Hay también una gran necesidad de mejores aptitudes de comunicación en el matrimonio y la familia, y nunca han sido más importantes las habilidades de crianza de los hijos. También han aumentado las deudas y el consumismo en el mundo.

Les pregunté a algunos obispos las habilidades de autosuficiencia que más necesitaban las hermanas de sus barrios y dijeron que era hacer un presupuesto. Las mujeres deben entender las implicaciones de comprar a crédito y de no ceñirse a un presupuesto. La segunda habilidad que los obispos anotaron fue cocinar; las comidas que se preparan y se comen en casa cuestan por lo general menos, son más sanas y contribuyen a una relación familiar más sólida.

He visto grandes ejemplos de hermanas por todo el mundo ayudándose a ser autosuficientes. En los Estados Unidos, las hermanas se reúnen para aprender a presupuestar para comprar con cuidado y reducir las deudas. Las hermanas mayores están enseñando a las más jóvenes a cocinar y preparar comidas saludables en casa. En Ghana, las hermanas aprenden juntas a leer; en Perú las hermanas sellan arroz y frijol en paquetes para no pasar hambre cuando ocurran terremotos. En las Filipinas, donde hay tifones con regularidad, las hermanas hacen paquetes de artículos y alimentos para usar cuando deban evacuar su hogar.



La oración familiar, por Abelardo Loria Lovendino, cortesía del Museo de Historia de la Iglesia

Otro cuadro que tengo en la oficina muestra la forma en que este principio se puede poner en práctica en cualquier parte. Ahí vemos a una familia filipina en su choza de ramas de nipa asentada sobre pilotes; al frente su gran jarra de agua. Tienen una canasta de mangos, un poco de combustible para cocinar y una sencilla fuente de luz para ver; están sentados alrededor de la mesa con la cabeza inclinada en oración. En la pared está un bordado con las palabras: “Las familias son eternas”. Me imagino que la madre de esta familia aprendió muchos de estos principios y habilidades de autosuficiencia en las reuniones y actividades de la Sociedad de Socorro.

¿Cuán autosuficientes son las hermanas de su barrio? ¿Cómo puede discernir sus necesidades? y ¿Quién debe ayudar a la presidenta de la Sociedad de Socorro en este empeño? Ya que esta es una obra divina y ya que la presidenta de la Sociedad de Socorro tiene un llamamiento divino, tiene derecho a la ayuda divina. También tiene la ayuda de buenas maestras visitantes que entienden su responsabilidad de velar por las hermanas y quererlas. A través de los informes que recibe de ellas y de otras hermanas, puede enterarse de sus necesidades; puede utilizar también la ayuda de los comités y de hermanas más jóvenes que tienen mucha energía y están listas para servir.



Partera: Tu camino, su senda, por Crystal Haueter, cortesía del Museo de Historia de la Iglesia

Este otro cuadro que está en mi oficina representa a una partera pionera. Me recuerda que una hermana que tenga una aptitud puede bendecir a muchas personas. Un ejemplo de esto es mi tatarabuena, Mary Ann Hamblin, que era partera; ella ayudó a traer a más de dos mil bebés a este mundo. Hizo una valiosa contribución de tiempo y talentos al almacén del Señor.

EL CUMPLIMIENTO DE NUESTRAS RESPONSABILIDADES

El proveer para nosotros y para los demás es evidencia de que somos discípulos del Señor Jesucristo. Como a muchos de ustedes, el ejemplo de mi madre y de otras hermanas de la Sociedad de Socorro me ha inspirado y me ha enseñado los principios de la autosuficiencia. Una de ellas fue mi suegra, June, una mujer fina que sirvió en presidencias de la Sociedad de Socorro casi sin interrupción por treinta años. Cuando falleció de pronto el año pasado, dejó evidencia de su vida autosuficiente: una recomendación para el templo vigente, y Escrituras y manuales de estudio del Evangelio muy usados. Nos repartimos con amor las ollas, las sartenes y los platos con los que había preparado miles de comidas. Nos dejó acolchados que había hecho de ropa vieja, pues creía en el viejo

adagio: “Úsalo, gástalo, haz que sirva o arréglatelas sin él”. Vimos las provisiones de alimentos que había cultivado, preservado y almacenado, y fueron en especial conmovedores los libritos de contabilidad en los que fielmente registró sus gastos por muchos años. Debido a que vivió en forma providente, dejó algún dinero que había ahorrado para las emergencias y ¡no dejó ninguna deuda! Lo más importante es que había enseñado e inspirado a muchas otras personas con las habilidades que había adquirido durante su fiel vida.

Como líderes demostramos nuestra fe cuando usamos el tiempo, los talentos, las reuniones y las actividades para atender primero lo que es esencial para el bienestar y la salvación temporal y espiritual. Al hacerlo, abundarán el amor, la unidad, el gozo, la hermandad y las bendiciones. Testifico que la obra de la Sociedad de Socorro es parte integral de la Iglesia restaurada del Señor y que la obra de Él la dirige un profeta viviente. En el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Véase *Diccionario de la Real Academia Española en línea*, “alivio” y “aliviar” vigésima segunda edición, <http://www.rae.es/rae.html>.
2. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, (Manual de los cursos de estudio de Sacerdocio de Melquisedec y de la Sociedad de Socorro, 1998, pág. 199).
3. *History of the Church*, Tomo IV, pág. 567.
4. John A. Widtsoe, *Evidences and Reconciliations*, (ed.) Homer Durham (1987), pág. 308.
5. *Recursos de aprendizaje para instructores de bienestar*, Lección 2: La autosuficiencia, punto 3; PDF disponible en Internet en providentliving.org.
6. Véase Eliza R. Snow, “Female Relief Society”, en *Deseret News*, 22 de abril de 1868, pág. 1; Brigham Young, *Deseret News*, 28 de julio de 1869, pág. 5.

OBISPO H. DAVID BURTON

Obispo presidente

Los deberes de bienestar del obispo



BUSCAR A LOS NECESITADOS Y CUIDAR DE ELLOS

¡Hola! Soy el obispo David Burton y me acompañan seis maravillosos obispos de la Estaca Centerville Norte, Utah. Nos encontramos en la Manzana de Bienestar de Salt Lake City, y

les doy las gracias por sumarse para hablar de las responsabilidades de los obispos sobre cómo buscar a personas que tal vez no sean autosuficientes y cuidar de ellas.

Recuerdo dos citas del presidente J. Reuben Clark, Jr., quien sirvió muchos años en la Primera Presidencia de la Iglesia y fue una pieza clave en el desarrollo de lo que antes se conocía como el Plan de Seguridad de la Iglesia y que hoy es el plan de bienestar de la Iglesia.

En cierta ocasión el presidente J. Reuben Clark, Jr. telefoneó a un obispo para decirle que una madre soltera con tres hijos pequeños se mudaba ese mismo día al barrio del obispo, y le pidió que fuera lo antes posible al domicilio de la mujer para brindarle la ayuda que necesitara.

El presidente Clark le dijo al obispo: “Si pudiera, yo mismo ayudaría a esta hermana, pero no soy más que el Primer Consejero del Presidente de la Iglesia y no tengo autoridad para hacer un pedido del almacén del obispo. Usted tiene ese derecho y privilegio, y por eso le llamo, para pedirle que haga lo que considere necesario para esta mujer”.

En otra ocasión el presidente Clark dijo en un poderoso discurso:

“Según la palabra del Señor, el mandato de cuidar a los pobres de la Iglesia y de determinar cómo concretar ese cuidado recae en los obispos (...) “Es únicamente suyo el deber de determinar a quién, cuándo, cómo y cuánta ayuda recibirá de los fondos de la Iglesia algún miembro de su barrio (...)”

“Esa excelsa y solemne obligación le fue impuesta por el Señor mismo. El obispo no puede huir de su deber; no puede eludirlo ni delegarlo a otra persona. No importa a quién pida que le ayude, él sigue siendo el responsable” (“El obispo está al frente del plan de bienestar”, Thomas S. Monson, *Liahona*, feb. 1981, 175).

¿Qué responsabilidades tiene el obispo en cuanto a bienestar? Como mínimo, ¿tiene una responsabilidad tripartita! A saber:

1. Enseñar a los miembros los principios básicos de ser autosuficientes y alentarles a serlo. Los dos folletos de reciente publicación, *Preparad todo lo que fuere necesario: La economía familiar* y *Preparad todo lo que fuere necesario: El almacenamiento familiar en el hogar*, les ayudarán a enseñar a los miembros la importancia de ser autosuficientes.
2. Ayudar a los integrantes del consejo de barrio a conocer sus responsabilidades y cumplir con ellas.
3. Brindar ayuda acorde a los principios básicos de bienestar.

El cuadernillo *El proveer conforme a la manera del Señor: Guía resumida para los líderes de los servicios de bienestar*, de reciente publicación, les recordará el objetivo básico de lograr el bienestar y la autosuficiencia y respaldar los principios básicos.

EL ALMACÉN DEL SEÑOR

El Señor reveló que los miembros de la Iglesia deben “dar de [sus] bienes a los pobres... y se depositarán ante el obispo... [y] se [guardarán] en mi almacén para suministrarse a los pobres y a los necesitados” (D. y C. 42:31–34).

Cada obispo cuenta con un conjunto de “herramientas” para ayudar a los pobres, llamado el almacén del Señor.

El almacén incluye:

1. El dinero en efectivo aportado por los miembros que viven la ley del ayuno y reciben sus bendiciones.
2. Los bienes producidos internamente o los adquiridos a cargo de los obispos.
3. El tiempo, los talentos y los recursos de los miembros.

Dichos talentos pueden resultar útiles y precisarse junto con el dinero en efectivo y los bienes, todo lo cual constituye el almacén del Señor. Cada obispo tiene un almacén del Señor a su disposición, el cual existe en cada barrio. Contrario a lo que se piensa, el almacén del Señor no se limita a un edificio ni a un almacén físico repleto de productos aguardando ser repartidos.

PRINCIPIOS BÁSICOS

Con frecuencia, al cumplir el mandato divino de buscar y atender a los pobres a la manera del Señor, los obispos deberán tomar decisiones difíciles. Los obispos tienen la bendición y el derecho de recibir el don de discernimiento para encarar esta tarea. Cada caso requiere inspiración. La mejor manera de determinar quién tiene necesidad, cuánta ayuda necesita, de qué clase y por cuánto tiempo va a necesitarla es a través de la guía del Espíritu y ciñéndose a los principios básicos de bienestar.

Tal vez se pregunten: ¿Cuáles son algunos de esos principios de bienestar básicos y comprobados que ayudarán a los obispos a tomar decisiones óptimas?

1. Buscar a los pobres.

Los obispos deben tener presente la responsabilidad de buscar a los pobres. No basta con ayudar sólo cuando alguien pide ayuda. El obispo debe instar a los líderes del sacerdocio y de la Sociedad de Socorro, junto con los maestros orientadores y las maestras visitantes, a que le ayuden a determinar quiénes de los miembros tienen necesidad de ayuda.

2. Fomentar la responsabilidad personal.

Los obispos deben tener presente la responsabilidad de fomentar la responsabilidad personal al

ayudar a las personas: Cada persona es responsable de sí misma, pero cuando no es capaz de proveer para sí, sus familiares, tanto cercanos como lejanos, tienen la obligación y la oportunidad de ayudar.

3. Sostener la vida, no el estilo de vida.

Utilizamos la expresión “sostener la vida, no mantener un estilo de vida”. El propósito de la ayuda de la Iglesia es proporcionar alimentos, ropa y el cobijo adecuado, así como otra ayuda que decida el obispo, con el fin de que las personas lleguen a ser autosuficientes. Se espera que las personas empleen todos los recursos disponibles para su sostén y así, con orden, rebajen su nivel de vida a fin de ajustarlo a su presupuesto.

4. Proporcionar artículos antes que dinero.

Solemos aplicar el principio básico de facilitar bienes antes que dinero. Cuando sea factible, el obispo ayuda a los miembros con bienes o productos en vez de darles dinero o abonarles sus facturas. Donde no haya un almacén del obispo, las ofrendas de ayuno pueden utilizarse para adquirir los productos necesarios.

5. Brindar oportunidades de trabajo y servicio.

Uno de los principios básicos más importantes es el de brindar oportunidades de trabajar y prestar servicio. Para que las personas conserven su dignidad en los momentos de dificultad personal, es preciso hallarles oportunidades de servicio y trabajo acordes a sus circunstancias. El valor del trabajo o del servicio no tiene que ser igual a la ayuda recibida, pero sí lo suficiente como para evitar que la ayuda sea una limosna y que se fomente la idea de que se tiene derecho a ella. El consejo de barrio puede colaborar recopilando y manteniendo una lista actualizada de oportunidades de trabajo.

PREGUNTAS DE LOS OBISPOS

Tras esta breve presentación, pasemos ahora a los temas que deseen tratar relacionados con su importante mayordomía de buscar al pobre y cuidar de él.

Pregunta: Siendo que los obispos tenemos el deber específico de brindar ayuda de bienestar, ¿a qué otras

personas podemos recurrir en busca de ayuda con esa responsabilidad?

Respuesta: Hay otras personas que pueden ayudar al obispo con esta responsabilidad, como son los integrantes del consejo de barrio, los quórumes del sacerdocio y la Sociedad de Socorro. Todos estos líderes pueden ayudarle a atender las necesidades de bienestar a corto y a largo plazo con la colaboración de los maestros orientadores, las maestras visitantes y otras personas con habilidades especiales.

Pregunta: En cuanto a bienestar, ¿cómo puedo sacar mayor provecho de los líderes de los quórumes y de la Sociedad de Socorro?

Respuesta: Los líderes de los quórumes y de la Sociedad de Socorro pueden ser muy útiles en todo el proceso, y el bienestar debe ser un principio fundamental de los quórumes y de la Sociedad de Socorro que debe tratarse regularmente en las reuniones de presidencia. Bajo la dirección del obispo, los quórumes y la Sociedad de Socorro deben ayudar a los miembros a encontrar soluciones a sus necesidades de bienestar de corto y de largo plazo y a ser autosuficientes.

La presidenta de la Sociedad de Socorro ocupa un lugar especial en el proceso. Por lo general ayuda al obispo visitando a los miembros que precisen ayuda de bienestar. Les ayuda a definir sus necesidades y sugiere al obispo el tipo de ayuda a prestar. Para ello, tanto el obispo como la presidenta de la Sociedad de Socorro pueden valerse del formulario Análisis de necesidades y recursos para determinar dichas necesidades.

Pregunta: Obispo Burton, ¿cómo nos recomendaría que enseñáramos la ley del ayuno a nuestros miembros para que la comprendieran mejor?

Respuesta: La ley del ayuno es fundamental para el bienestar espiritual de los hijos de nuestro Padre Celestial. Él estableció las leyes del diezmo y del ayuno para bendecir a Su pueblo, y el obispo debe enseñar a todos los miembros la importancia de vivirlas. También debe enseñar las bendiciones que el Señor promete a quienes viven dichas leyes, entre ellas, mayor proximidad al Señor, mayor entereza espiritual, bienestar temporal, mayor compasión y un deseo más fuerte de servir.

En ciertas partes del mundo, los almacenes del obispo disponen de alimentos y ropa, pero donde no los hay se emplean las ofrendas de ayuno para adquirirlos. También valen para proporcionar cobijo, asistencia médica y otra ayuda necesaria para sustentar la vida.

Sin embargo, no es necesario que el gasto de ofrendas de ayuno del barrio y de la estaca sea equivalente al saldo de donaciones de éstas.

Pregunta: Con el panorama económico actual, cada vez hay más familias y miembros con problemas para pagar las hipotecas de sus viviendas. ¿Se permite el uso de los fondos para ayudar a pagar las hipotecas?

Respuesta: Como lo recuerdan, la ayuda de bienestar usualmente es provisional. Los obispos, junto con los líderes de los quórumes y de la Sociedad de Socorro, y otros especialistas que se necesiten, ayudan a los receptores de la ayuda a trazar un plan que les permita alcanzar la autosuficiencia para que no tengan que seguir dependiendo de esa ayuda.

Si el pago provisional de una hipoteca les permite ejecutar el plan para ser autosuficientes, entonces podría ser deseable y permisible hacerlo.

Pregunta: Obispo, ¿es correcto dar ayuda de bienestar de la Iglesia cuando una persona ya está recibiendo ayuda del Gobierno?

Respuesta: Los miembros pueden optar por valerse de los recursos de la comunidad, entre ellos los del gobierno, para satisfacer sus necesidades básicas. El obispo debe familiarizarse con dichos recursos, entre los cuales podrían incluirse:

- Hospitales, médicos u otros medios de atención médica.
- Servicios comunitarios de formación y colocación laboral.
- Ayuda a personas discapacitadas.
- Consejeros profesionales o trabajadores sociales. Casi toda comunidad dispone de consejeros profesionales y trabajadores sociales que comparten nuestros valores.
- Ahora hay más acceso a servicios para el tratamiento de adicciones.

Cuando los miembros de la Iglesia reciben ayuda de otras fuentes, el obispo puede también aportar ayuda de la Iglesia y debe ayudar a los miembros a evitar cualquier dependencia de estas fuentes de asistencia. Cuando sea posible, los miembros deben trabajar a cambio de la ayuda recibida. Debemos evitar el mal de depender de la caridad y el sentimiento de que se tiene derecho a ella.

Hermanos y hermanas, hemos tenido la oportunidad de dedicar unos minutos a tratar principios sagrados relacionados con ayudar a las personas necesitadas. Ruego que el Señor les bendiga en el ejercicio de sus funciones al cuidar de los hijos de nuestro Padre Celestial y exhibir su capacidad de amar y la compasión que emana del servicio. Ruego humildemente que las bendiciones del Señor reposen sobre ustedes, en el nombre de Jesucristo. Amén.

PRESIDENTE THOMAS S. MONSON

Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

La manera del Señor



Hermanos y hermanas, cuán agradecido me siento por esta oportunidad de dirigirme a ustedes y tratar un tema que tanto aprecio como es el programa de bienestar de la Iglesia.

EL SERVICIO EN PROYECTOS DE BIENESTAR

En una calle no muy recorrida de Salt Lake City, hay un lugar bien conocido donde, de una manera apacible, y motivados por un amor cristiano, quienes trabajan allí se sirven los unos a los otros siguiendo el plan divino del Maestro. Me refiero a la Manzana de Bienestar, también conocida como el almacén de los obispos. En ese lugar y en muchos otros distribuidos por el mundo, se enlatan frutas y verduras, y se procesan, se etiquetan y almacenan otros productos para después repartirlos entre los necesitados. Allí no se reciben subsidios gubernamentales ni el dinero cambia de manos, puesto que sólo se aceptan pedidos firmados por un obispo debidamente ordenado.

Entre 1950 y 1955 tuve el privilegio de presidir en calidad de obispo más de 1.080 miembros que vivían en la zona centro de Salt Lake City. En la congregación había 84 viudas y unas 40 familias, que en diversas ocasiones y hasta cierto punto, precisaban ayuda de bienestar.

Las unidades de la Iglesia recibieron asignaciones concretas para atender a los necesitados. En una unidad, los miembros procesaban carne, en otra, naranjas, en otra, verduras o trigo y varios alimentos

de primera necesidad para que los almacenes estuvieran provisionados y, tanto los ancianos como los necesitados, fueran satisfechos. El Señor señaló el camino cuando declaró: “Y se mantendrá el almacén por medio de las consagraciones de la iglesia; y se proveerá lo necesario a las viudas y a los huérfanos, como también a los pobres”. (D. y C. 83:6) Y luego nos recuerda: “Pero es preciso que se haga a mi propia manera” (D. y C. 104:16).

En el vecindario donde yo vivía y prestaba servicio, nos encargábamos de una granja avícola que la mayoría de las veces se administraba con eficacia y provisionaba al almacén de miles de docenas de huevos frescos y cientos de kilos de pollo. Sin embargo, unas pocas veces la experiencia de ser granjeros voluntarios de ciudad no sólo nos dejó varias ampollas en las manos, sino una gran frustración.

Por ejemplo, nunca olvidaré cuando reunimos a los jóvenes del Sacerdocio Aarónico para darle una limpieza a fondo a la granja. Aquella multitud de jóvenes entusiastas y rebosantes de energía comenzó el proyecto, y con una velocidad pasmosa quitaron y quemaron grandes cantidades de maleza y basura. A la luz de las hogueras comimos salchichas y nos felicitamos por un trabajo bien hecho. La granja estaba limpia y reluciente. Sin embargo, se produjo el desastre: el ruido y las llamas afectaron a la frágil y temperamental población de 5.000 gallinas ponedoras que de repente mudaron la pluma y dejaron de poner. De allí en adelante dejamos crecer algunas hierbas malas para producir más huevos.

Ningún miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días que haya enlatado guisantes, cercenado remolachas, acarreado heno, paleado carbón o dado algún otro tipo de servicio nunca olvida ni lamenta la experiencia de proveer para los necesitados. Hay hombres y mujeres devotos que se encargan de este vasto e inspirado programa. De hecho, jamás tendría éxito si se basara sólo en el esfuerzo, puesto que funciona gracias a la fe, a la manera del Señor.

MOTIVADO POR LA FE

Compartir con los demás no es algo desconocido para nuestra generación. Basta con leer el relato que se halla en Primer Reyes, en la Biblia, para valorar

de nuevo el principio de que cuando obedecemos el consejo del Señor; cuando cuidamos del necesitado, el resultado nos beneficia a todos. En este pasaje leemos de una gravísima sequía que assolaba la tierra, y tras la sequía vino el hambre. Elías el profeta recibió del Señor lo que le debió de parecer un mandato asombroso: “Vete a Sarepta... he aquí yo he dado orden allí a una mujer viuda que te sustente”. Cuando encontró a la viuda, Elías le dijo:

“Te ruego que me traigas un poco de agua en un vaso, para que beba.

“Y yendo ella para traérsela, él la volvió a llamar, y le dijo: Te ruego que me traigas también un bocado de pan en tu mano”.

La mujer describió la penosa situación en la que se hallaba mientras le explicaba al profeta que estaba preparando su última comida para ella y su hijo, para después dejarse morir.

Qué poco creíble debió parecerle la respuesta de Elías:

“No tengas temor; ve, haz como has dicho; pero hazme a mí primero de ello una pequeña torta cocida debajo de la ceniza, y tráemela; y después harás para ti y para tu hijo.

“Porque Jehová Dios de Israel ha dicho así: La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que Jehová haga llover sobre la faz de la tierra.

“Entonces ella fue e hizo como le dijo Elías; y comió él, y ella, y su casa, muchos días.

“Y la harina de la tinaja no escaseó, ni el aceite de la vasija menguó” (1 Reyes 17:9-11, 13-16).

Ésta es la fe que siempre ha motivado e inspirado el programa de bienestar del Señor.

EL VERDADERO AYUNO

Al ayunar un día al mes y aportar una generosa ofrenda de ayuno por lo menos equivalente a las comidas de las que nos hemos privado, no olvidemos las palabras de Isaías con las que describió el verdadero ayuno:

“¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano?

“Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto; e irá tu justicia delante de ti, y la gloria de Jehová será tu [recompensa].

“Entonces invocarás, y te oirá Jehová; clamarás, y dirá él: Heme aquí...”

“Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma... y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan” (Isaías 58:7-9, 11).

Nuestras sagradas ofrendas de ayuno financian los almacenes, cubren las necesidades económicas de los pobres y brindan atención médica a los enfermos que carecen de fondos.

En muchos lugares, los jovencitos del Sacerdocio Aarónico recogen las ofrendas de ayuno cada mes, por lo general el día de reposo bien temprano. Recuerdo que los jóvenes de la congregación que yo presidía se reunieron una mañana, soñolientos, algo despeinados y quejumbrosos por tener que levantarse tan temprano para cumplir con su asignación. Nadie les recriminó su actitud, pero la semana siguiente llevamos a los muchachos a un recorrido por la Manzana de Bienestar. Allí vieron a una persona discapacitada manejando la central telefónica, a un anciano surtiendo las estanterías, a mujeres, preparando ropa para ser distribuida... hasta una persona ciega etiquetando latas. Se ganaban el sustento con su trabajo. Los jovencitos enmudecieron al ver cómo los esfuerzos que ellos hacían cada mes para recaudar las sagradas ofrendas de ayuno asistían al necesitado y daban empleo a quienes, de otro modo, estarían ociosos.

Desde aquel día santo en adelante, no hubo que convencerlos. Los domingos de ayuno por la mañana, allí estaban todos, a las 7 en punto, ataviados con su mejor vestimenta dominical, y ansiosos por cumplir con su deber como poseedores del Sacerdocio Aarónico. Sabían que no sólo repartían y recogían sobres, sino que ayudaban a proveer alimentos para el hambriento, un techo para la gente sin hogar y todo ello a la manera del Señor. Sonreían más y caminaban con más entusiasmo. Tal vez ahora entendían mejor el pasaje: “En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mateo 25:40).

UN MILAGRO DE AMOR

Podríamos preguntarnos en relación a quienes colaboran en el programa de Bienestar: ¿Qué provoca tanta devoción por parte de cada colaborador? La respuesta es bien sencilla: un testimonio personal del evangelio del Señor Jesucristo, un deseo sincero de amar al Señor con todo el corazón, mente y alma, y al prójimo como a nosotros mismos.

Esto es lo que motivó a un comerciante amigo mío, ya fallecido, a llamarme por teléfono durante aquellos días en los que serví como obispo y decirme: “Voy a enviar al almacén un camión de cítricos para los necesitados. Dígale al gerente del almacén que el envío está en camino y que es gratuito. Una cosa, obispo: no les diga quién lo envía”. Raras veces he visto tanto gozo y aprecio como los que emanaron de ese acto tan generoso, y tampoco me cuestioné jamás la recompensa eterna de la que ahora goza ese benefactor anónimo.

Actos generosos como ése no son infrecuentes; todo lo contrario. Donde ahora está la autopista que circunvala Salt Lake City se hallaba la casa de un anciano que vivía solo llamado Louis quien, debido a una despiadada enfermedad, no había conocido un día sin dolor ni pocos días de soledad. Cuando lo visité, un día en pleno invierno, tardó en contestar el timbre de la puerta y, al entrar en su bien arreglada casa, noté que, con excepción de la cocina, el resto de la casa estaba a unos gélidos 4 ó 5 grados porque no tenía dinero para calentar ninguna otra habitación. Hacía falta empapelar las paredes, bajar los techos y aprovisionar la alacena.

Preocupado por la situación de mi amigo, hablé con su obispo y tuvo lugar un milagro de amor. Un mes más tarde, mi amigo Louis me llamó y me pidió que fuera a presenciar lo sucedido. Al hacerlo fui testigo de aquel milagro: las aceras, rotas por las raíces de los álamos, estaban reparadas; el pórtico, reconstruido; se había colocado una puerta nueva con su picaporte y cerradura relucientes; el cielo raso estaba ahora más bajo; las paredes estaban empapeladas y la madera repintada; se había sustituido el tejado y las alacenas estaban repletas. Ahora la casa estaba caliente y resultaba acogedora, y parecía susurrar una cálida bienvenida.

Louis reservó para lo último el motivo de su orgullo y gozo: sobre su cama se encontraba un bello acolchado bordado con el escudo del clan familiar de los McDonald; las hermanas de la Sociedad de Socorro lo habían hecho con gran amor. Antes de irme descubrí que una vez por semana los Jóvenes Adultos le llevaban una cena caliente y compartían con él una noche de hogar. El calor había reemplazado al frío, las reparaciones habían transformado el desgaste de los años; pero lo más significativo era que la esperanza había disipado la desesperación y ahora el amor reinaba triunfante.

Todos los que tomaron parte en ese conmovedor drama de la vida real descubrieron un aprecio nuevo y personal hacia la enseñanza del Maestro: “Más bienaventurado es dar que recibir” (Hechos 20:35).

A todo aquel que esté al alcance de mi voz declaro que el plan de bienestar de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es inspirado por el Dios Todopoderoso. De hecho, el Señor Jesucristo es quien lo diseñó; Él nos declara a ustedes y a mí: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él” (Apocalipsis 3:20).

Que escuchemos Su voz, que le abramos de par en par las puertas del corazón y sea Él nuestro compañero constante al grado en que nos esforcemos por servir a Sus hijos; lo ruego humildemente, en Su santo nombre, sí, Jesucristo nuestro Señor. Amén.



LA IGLESIA DE
JESUCRISTO
DE LOS SANTOS
DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

SPANISH



4 02082 88002 8
08288 002